Clave 2037: Entre luz y oscuridad (Amnesia #2)

Matías Haro

Capítulo 1

Notas del autor

Finalmente después de un corto receso, he optado por empezar este nuevo proyecto basado en la anterior *Amnesia 2032*.

Esta historia se sitúa dos años después del final de su predecesora en la misma República del Sílice, aunque la mayor parte de la misma se ubicará en una isla del pacifico sur.

Sin embargo, no es una secuela de Amnesia 2032. Sino un nuevo inicio, con nuevos personajes. Aunque conservando a algunos del pasado, los cuales irán descubriendo conforme avance la trama.

Comenzando, aquí se nos relata la historia de Pablo Siglieri. Un joven hacker que va de país en país causando estragos, gracias a sus conocimientos en la informática. Y que un día se despierta en una playa sin saber cómo llegó hasta allí.

¿Venganza?

¿Conspiración?

¿Traición?

Muchas teorías y poco tiempo para descubrir la verdad, con la única veracidad de que no está sólo en ese lugar. Hay muchos más, cuyas historias privadas irán enseñando pequeños hilos de una telaraña muy compleja.

A su vez, en la República del Sílice. Karel Tseri, un antiguo estudiante de criminología investiga cierto evento del pasado, sin darse cuenta con lo que se encontraría en su camino.

Todos ellos en una carrera contra el tiempo, ¿alguien descubrirá la clave?...

¿O quedaran atrapados entre la luz y la oscuridad?...

Capítulo 2

Prólogo

Una brisa carmesí se impregnó en el rostro agobiado y cansado de la recepcionista, como si de la caricia de un amante empedernido se tratará; no obstante era más bien una mancha denigrante. En sus ojos oscuros, se reflejó su ex-jefe retorciéndose encima de un charco de su propia sangre. Muriendo poco después.

Aterrada, dejó caer el abrecartas con el que le quitó la vida a aquel miserable y soltó un gritó que resonó en la oficina silenciosa.

¿Por qué lo hice?, se cuestionó ella, aun sabiendo que la respuesta a esa pregunta era obvia.

Las últimas 72 horas habían sido las peores en sus 20 años de existencia terrenal.

Muerte, desesperación, miedo. Tres palabras que para ella tenían un significado gráfico reciente.

—Anda, todo término. Tenemos que irnos de aquí.

Un oficinista poco mayor que ella hizo eco a sus espaldas y comenzó a acariciarles los hombros cubiertos por una blusa anteriormente blanca, intentando reconfortarla.

Para la recepcionista, esa voz era agradable, cálida y le pertenecía al que la había mantenido a salvo desde que esta matanza sin sentido comenzó.

Absorta en las palabras de cariño y comprensión del hombre, la recepcionista bajó sus defensas. La adrenalina en su flujo sanguíneo, fue asimilada y el dolor de sus heridas regresó. Sin embargo ella no podía quejarse. Se giró sobre la punta de sus pies descalzos y alzó la cabeza un par de grados.

—Vámonos—replicó ella al fin.

El oficinista hizo un movimiento con la mano permitiéndole pasar primero, él permaneció quieto, mirando aquel cadáver inerte.

Diecinueve, Pensó.

Ambos recorrieron la destrozada oficina perteneciente a la Cyber corp. Internacional, compañía que producía distintos tipos de software para el hogar, con la esperanza de que pronto pudieran salir de allí con vida.

En el camino encontraron uno que otro cadáver de algún viejo colega suyo. La débil recepcionista ocultaba su cabeza en el pecho duro del hombre, mientras andaban.

Por los inmensos ventanales, además de ver las luces de otros edificios vecinos, también se alcanzaban a distinguir los faroles azules y rojos de los helicópteros de la policía.

Los elevadores estaban inactivos, al igual que la electricidad. Por lo que tuvieron que utilizar las escaleras.

El oficinista sujetó a la recepcionista por la cintura y la hizo darle la espalda al hueco de las escaleras.

— ¿Has resuelto el código?, preguntó él.

—Si—replicó suavemente. Sin saber lo que estaba a punto de ocurrirle.

Fue un leve contacto, casi imperceptible para que ella perdiera el equilibrio y rodara por las escaleras, estrellándose de cabeza contra la pared y muriendo en el acto.

Veinte, contó. Esa era la cantidad de personas que habían muerto a causa de esta macabra competencia.

Descendió lentamente sabiendo que el tiempo ya no importaba ahora que él era el único vivo, se arrodilló ante el cuerpo ensangrentado de la recepcionista y comenzó a esculcarla. Hasta que dio con un diminuto papel donde había escritos varios dígitos.

Apenas los vio, dedujo de qué se trataba. Tomó su teléfono, quedando apenas 10% de la energía y redactó los números en el teclado táctil, para enviarlo a cierto número en específico.

Segundos después, recibió una respuesta que lo hizo reír con locura.

En la pantalla del móvil rectangular, aparecía una sola y única frase:

PRUEBAS FINALIZADAS, FELICIDADES

Capítulo 3

Capítulo 1: El velero blanco

La República del Sílice, una nación ubicada al noroeste del continente americano y que colindaba con una colonia española. Grande, majestuosa y con mucha historia, tanto buena como mala.

En el año 2032, se produjo un suceso tan contundente en una de sus ciudades más habitadas, que prácticamente reescribió los nuevos libros de historia y traspasó fronteras.

Amnesia 2032, de esa forma se conocía a dicho acontecimiento.

Luego de eso sólo hubo paz y todo quedó como un mal recuerdo

Pero llegado el 2037, en una era dominada por las nuevas tecnologías cada vez más poderosas, una nueva amenaza comenzaba a gestarse en las redes del mundo cibernético...

5:00PM, Terek, República del Sílice, viernes 9 de octubre del 2037.

La Región de Terek se localizaba en la península, al sur de Nueva Florencia. Sus principales actividades eran la pesca y el turismo, aunque también era conocida por controlar la entrada marina a la República del Sílice y ser el hogar de la armada de guerra del país.

En la ciudad capital, se encontraba la multinacional Cofradía. Empresa reconocida mundialmente por producir desde baterías reutilizables hasta software de todo tipo, era la compañía más grande en la nación desde la extinta corporación Verlum.

En sus cuarteles generales, protegían a su creación más grande, moderna y tecnológica, hasta el momento; la Atlas I, una supercomputadora cuyas dimensiones abarcaban todo un sótano.

Custodiada las 24 horas del día por guardias de seguridad altamente armados, cámaras de seguridad de alta resolución conectadas a un sistema de identificación que puede localizar un rostro a kilómetros, detectores de movimiento, entre otras cosas. El acceso estaba muy

limitado.

Sin embargo, eso no era ningún impedimento para que Pablo Siglieri, hiciera uso de sus mañas.

Cinco minutos, dos para entrar, dos para salir y uno sólo para hackear a una de las computadoras más innovadoras del mundo.

Los unos y ceros del código binario formaban filas y columnas en la pantalla del portátil taiwanés. El reflejó azulado iluminaba el cabello oscuro enmarañado del joven.

—Anda, apúrate—Susurró Pablo. Entre sus dientes sostenía una tarjeta de memoria, mientras que con ambas manos tecleaba varios comandos.

La aparición de una barra de descarga en la pantalla, alivió a Pablo. Su misión estaba próxima a concluir. Introdujo la memoria en una ranura del ordenador, nada más le quedaba aguardar un momento.

Esta cosa es buena, Pensó. Al mismo tiempo de introducir la memoria, Pablo retajó otra que guardaba una llave universal: Pandora 1.0, un software que según afirmaban sus empleadores, podría romper la seguridad de la Atlas I, y vaya que si cumplió con sus especificaciones.

El interior de la cámara de la Atlas I, se mantenía a una temperatura de -5°C para evitar malos funcionamientos y en menor medida para ahuyentar a los hackers.

Normalmente los técnicos supervisores que le daban mantenimiento, se vestían con pesados abrigos para protegerse del frío, lo cual en cierto modo facilitaba la detección de amenazas potenciales. El problema era que en otoño las temperaturas de Terek eran bajas y por lo general la gente usaba prendas abrigadoras, volviendo inútil a esa línea de defensa.

Además nadie sospecharía de alguien con playera de manga corta. Su resistencia al frio era la clave en esta incursión, sumada a sus habilidades anteriormente mencionadas.

Igualmente, los detectores de movimiento no eran ningún problema si se conocía dónde estaban y las cámaras de seguridad creaban ciertos puntos ciegos a lo largo del día.

Pablo aprovechó todas esas deficiencias en uno de los sistemas de seguridad más aclamados del mundo, para poder infiltrarse. Sin saber que se había metido en la boca del lobo...

Luego de un desayuno bien merecido. El guardia de seguridad, Elí Zaridan regresó a su puesto junto a la puerta de acceso a la Atlas I. Al lado aparecía un rectángulo táctil, donde registraba su llegada.

A su derecha, en dirección al final del pasillo vio una sombra a la que no le prestó atención. El sujeto de 24 años de edad, chasqueo los dedos de sus ambas manos y luego presionó la pantalla con su pulgar izquierdo, provocando la aparición de una alarma.

En menos de lo que pensó un equipo de seguridad hizo aparición en el pasillo, apuntándole con sus rifles de alto calibre. Ya que al parecer él ya se había registrado cinco minutos antes...

***

Las patrullas blanquiazules de la policía del Terek se acomodaron una tras otra al frente del edificio de la Cofradía. De ellas emergieron varios hombres de la ley, quienes comenzaron a construir un perímetro a base de cinta amarilla alrededor de la estructura de treinta pisos de altura.

En recepción, los ciento cinco empleados se reunieron para ser procesados. Alguno de ellos debía de ser el supuesto hacker que cometió la hazaña de corromper el sistema de seguridad y peor aún, acceder a información clasificada de la Atlas I.

Debido a su complejidad, las especificaciones de la Atlas I podrían valer mucho en el mercado negro.

Mientras tanto, Pablo Siglieri deambulaba muy campante por una avenida a tres calles de distancia. Cargando consigo una maleta que contenía a su preciada laptop.

Una pareja de ancianos que caminaba en dirección contraria, le sacó la vuelta y es que su apariencia no era para nada ortodoxa.

Cabellos oscuros desmarañados que prácticamente le cubrían el rostro entero, ojeras debajo de sus ojos negros y una mirada muy peculiar. Sin contar su vestimenta estilo alternativo, nada más le faltaba la chaqueta negra. La cual perdió durante una incursión a una fábrica en Tailandia el mes pasado.

En definitiva ese era él.

En cuanto a su personalidad, era la clase de persona que desconfiada hasta de su propia madre (de hecho fue ella quien lo delato con la policía luego de que pirateara un cajero automático tres años antes). Es por eso que mantenía cierta distancia con respecto a los demás, excepto con Kaneda. Aquella mujer que conoció en Nueva Zelanda dos meses antes de hoy.

Su sonrisa, algo en su sonrisa lo convenció de podía confiar en ella...

Un cartel de letras azules rezaba: "OFICINA DE CORREO". Siendo el año 2037, aun se mantenía el viejo sistema postal, aunque en menor parte que en el pasado.

Hora de cobrar, Pensó Pablo Siglieri adentrándose en el edificio de paredes blancas decoloradas, dentro no había más que algunas fotos del pasado, algunas en blanco y negro. Una sala de espera, desierta y el mostrador.

Al llegar se topó con una cuarentona, que vestía un traje rojo de la propia oficina y que se le quedó viendo con una expresión de no saber si alzar las manos y pedir ayuda, o hacer uso de sus tácticas de defensa personal. Sus arrugas creaban bordes en su rostro envejecido, sus ojos marrones habían perdido la luz, su cabello castaño estaba más que debilitado por el uso excesivo de tintes artificiales y atado tras de sí, de forma simple. En otras palabras era la clásica burócrata del gobierno.

Hubo un silencio incomodó que se extendió por unos segundos, hasta que Pablo pronunció palabra:

—Mi nombre es Pablo Siglieri, vengó a recoger un paquete—Dijo.

La cuarentona llamada Marina, tecleó en el ordenador de antaño el nombre del muchacho, sin quitarle la mirada de encima. Atenta a cualquier insinuación de movimiento extraño por parte de él.

Para su sorpresa, efectivamente había un paquete registrado a ese destinatario, que llegó en un embarque, horas antes y que se encontraba en la bodega a sus espaldas.

—De acuerdo señor Siglieri, volveré en unos momentos.

La mujer se dio la vuelta y dirigió una mirada a Pablo, como diciéndole: si te intentas algo raro, llamaré a la policía.

La bodega, que no era más que un cuarto de 4X5 metros lleno de estantes vacíos. Se cargaba unos aires de nostalgia, que implacablemente

obligaban a volverse hacía el pasado.

Marina suspiró con desdén. Había nada más un par de cajas, de las cuales obtuvo un objeto rectangular, cubierto por un papel acartonado de color verde azulado. Pesaba un poco, por lo que supuso una infinidad de cosas, la mayoría de ellas ilegales.

Se volvió y regresó por donde vino, donde le esperaba un impaciente Pablo. Que se moría por abrir y descubrir lo que contenía aquella cosa, al igual que un niño lo haría con un regalo en navidad.

Dejó el paquete misterioso sobre el mostrador y luego obtuvo una hoja de debajo, junto a una de aquellos bolígrafos baratas, pero efectivas, que se podían encontrar en cualquier lado.

— ¿Edad? —Preguntó la mujer.

Aun a Pablo le costaba aceptar que tenía 21 años de edad, apenas ayer era un niño que corría por los campos.

—21 años.

—Nombre completo.

En vez de replicarle como debía de ser, Pablo sacó su pobre billetera y le dejó la identificación, la cual la mujer tomó con recelo.

—Ya entiendo porque no quiso decirme su nombre—Replicó ella más relajada—. Vaya que su segundo apellido es una rareza...

Pablo no dijo nada, ni pensó en decirlo. Su segundo apellido era en verdad una rareza.

—De acuerdo señor Siglieri, ¿desea algo más? —apuró a decir la encargada con una sonrisa jovial, muy rara para ella.

Pensativo, Pablo abrió su maleta y vislumbró aquel sobre manila en su interior, apilado al lado de su portátil.

—De hecho sí, tengo un último encargo.

***

5:45PM, Severnaya Luna, República del Sílice a 9 de octubre del 2037.

El Archivo Nacional Siliciano (ANS), era una institución del gobierno con subsidiarias en cada ciudad de la nación. Como característica principal, la arquitectura de sus instalaciones recordaba a la antigua Grecia, pero por dentro parecían ser bibliotecas inmensas.

Su función principal era guardar, clasificar y transmitir información a los ciudadanos. Así como también, distribuir informes al Servicio de Inteligencia de la República del Sílice (SIRES).

En una habitación, ocultos a los ojos curiosos. Escondida bajo el nombre de archivos basura.

El ex-estudiante de criminología, Karel Tseri revisaba varios archivos de entre una pila de ellos. Mientras que su acompañante le cuidaba las espaldas. Él era una persona con rasgos típicos de los europeos del sur, piel no tan clara debido a sus continuas exposiciones al sol, en las playas de Chipre, donde ayudaba a su padre a pescar. Ojos castaños sin ningún elemento en especial y sus cabellos negros tenían un corte tipo militar, asemejándolo a un policía.

Introducirse a una oficina privada del ANS, acceder a archivos clasificados, todo ello conllevaba a consecuencias muy graves en caso de ser atrapados.

Imágenes de un edificio destruido, filas de cadáveres, informes clasificados...

El chipriota de 20 años de edad, buscaba algo que le brindará alguna pista sobre la tragedia acontecida, dos meses atrás en el edificio de la Cyber Corp. Internacional. Donde murieron veintiuna personas.

Resumiendo lo sucedido, el día 4 de agosto. Las instalaciones de la Cyber Corp. Internacional, que funcionaban con la ayuda de un software novedoso de seguridad que impedía que intrusos pudieran entrar, fue sellado con 21 personas en su interior. Los detalles eran inciertos, pero de acuerdo a las cámaras y relatos desde fuera, se sabe que las víctimas fueron obligadas a matarse entre sí, en una especie de juego demencial. Una vez finalizado, las bombas de gas natural ubicadas en el subsuelo y que proporcionaban electricidad, fueron reventadas provocando una explosión. Sin que hubiera un sólo sobreviviente.

— ¿Ya terminaste?, se escuchó venir del exterior.

Karel había escuchado la misma pregunta dos minutos y medio antes.

— ¿Puedes esperar un poco más?

No hubo respuesta, así que siguió con lo que hacía.

De pronto escuchó unos pasos remarcados sobre los azulejos y arrugó la frente.

Los pasos se detuvieron frente a él, Karel dejó caer el papel en el montón que tenía regados y alzó la cabeza lentamente.

Y allí estaba ella, ojos verdes con entonaciones orientales, cabellos lacios relativamente largos, piel espectral, nariz un tanto respingada. Su nombre: Akari Dimitrievich Betra...

—No estás haciendo nada—Dijo Akari seriamente—, supongo que ya terminaste, ¿Nos vamos?

—Pero...

Akari lo neutralizó con esa mirada agresiva que se cargaba.

Karel acomodo los papeles en un sólo bulto y los metió todos en una carpeta, la cual devolvió a un archivero a sus espaldas. Luego alzó su sacó y se lo llevó al hombro.

— ¿Encontraste algo de utilidad? —Cuestionó Akari, saliendo de la oficina.

—No me diste tiempo de hacerlo—Reprendió Karel.

La muchacha de 20 años de edad, cruzó los brazos y desvió la mirada.

A su vez Karel analizaba la situación. Realmente no había nada allí, por lo que su única opción era utilizar a su fuente...

***

Apenas pagó la tarifa, Pablo salió de allí suspirando con melancolía. Ya no le quedaba ningún asunto en la República del Sílice, ahora como siempre

debía de marcharse sin dejar rastro alguno de su presencia.

Sus orígenes estaban en ese país, pero al noreste, en un pueblo llamado Creta. Ubicado a las afueras de la ex-capital interina de la región de Elefthería, Nueva Atenas.

A un costado de la oficina de correo, había un callejón pasivo y desértico. Girando la cabeza en todas las direcciones posibles, Pablo se desvió hacia allá.

Se sentó contra la pared de ladrillo rojo, sin pintar y retiró el papel acartonado del paquete, dejándolo a un lado, como algo superfluo y sin valor.

En sus manos quedó una caja de metal plateada, con un lector de retina junto al candado. Pablo acercó su ojo derecho al dispositivo y este transmitió sus datos.

Al instante la caja se abrió, dejando entrever una memoria plástica crediticia (MPC), una fotografía y otro objeto envuelto en tela.

Pablo alzó el MPC por encima de su cabeza, esos aparatos similares a una tarjeta de memoria. Eran utilizados por piratas informáticos para transferir dinero ilegal de forma segura. En este caso, ese MPC valía veinte millones de lirios, la moneda de la República del Sílice que era fácilmente intercambiable por cualquier divisa sudamericana, por sus valores semejantes.

Posteriormente, dejo el MPC cuidadosamente en la caja y tomó la fotografía. En la parte trasera había un mensaje escrito con un marcador negro.

VELERO BLANCO, LLAMADO “NICOSIA”, EN PUERTO DEL TEREK.

Entendido, Pensó esbozando una sonrisa.

***

El puerto de Terek, era uno de los más grandes en toda la República del Sílice. Casi comparado al que se ubicaba más al norte en la Región de Elefthería. A veces se le solía describir como una ciudad flotante, debido en gran parte a los laberintos de muelles que tenía. Aun así para una embarcación del tamaño de un carguero, no era ningún problema atracar

allí.

Pablo Siglieri atravesaba una de las tantas plataformas de madera dispuestas allí. En sus manos sostenía la fotografía de un velero blanco.

El reloj marcaba las siete de la tarde en punto, el sol descendía gradualmente iluminando el cielo de un tono anaranjado rojizo, que se hacía más tenue y oscuro. Cuatro y medio minutos después, Pablo dio con el velero blanco.

La cubierta estaba vacía y subía sin ningún aviso. Descendió a la cubierta inferior del velero y allí se encontró con la única persona en este mundo en quien confiaba: Kaneda, cuyo nombre real era Sandra Marqués.

La española de 22 años de edad caminó hasta él con una sonrisa pícara y rodeo su cintura con sus brazos. Su piel era dorada, en parte por haber vivido gran parte de su vida en Túnez, sus ojos eran oscuros gracias a su herencia norafricana. Sus cabellos eran rizados con bucles alargados perfectos.

—Habéis llegado, por un momento me preocupé—dijo ella enterrando su cabeza en el pecho de Pablo.

Calor, contacto humano, Pensó Pablo. Cosas de las que solía carecer, hasta la llegada de Kaneda.

—Ya no hay nada más que temer, ahora podremos irnos en paz—replicó él besándola en la frente.

Y algunas horas después, en la puesta del sol del viernes 9 de octubre del año 2037. La pequeña embarcación comenzó a alejarse de las costas de la ciudad de Terek. Desde la cubierta superior, Pablo Siglieri observaba la porción de tierra haciéndose más pequeña sin saber que ese bien pudo haber sido su última mirada a la civilización...

***

La noche nublada era verdaderamente oscura, las luces en Severnaya Luna apenas y alcanzaban a iluminar las calles; no obstante no los callejones. Karel Tseri se introdujo en las penumbras de aquella callejuela con nada más que sus puños como protección, para entrevistarse con su fuente.

Una brisa helada, lo obligó a detenerse. Atentó a lo que sucediera después. Aunque era poco lo que podría hacer, si fuera atacado por sorpresa.

— ¿Tienes algo que decirme? —Soltó Karel al aire sin mirar a nadie delante de él.

Sus palabras hicieron eco en el vacío y luego hubo nada. Esa era una noche muy silenciosa, mucho más que otras tantas.

—Hoy es una noche especial.

Esa voz distorsionada vino de muy cerca, pero Karel no sabría especificar de donde lo hizo. Lo cual lo incomodaba.

— ¿Por qué lo es?

Escuchó unos pasos acercándose frente a él, por lo qué instintivamente levanto las manos y al hacerlo el silencio retornó.

—Tranquilo Karel. Hoy es un día, más bien una noche especial porque hoy comenzará el juego.

— ¿De qué juego hablas?

—Tú lo sabes muy bien.

Una punzada en su cabeza y rememoró las secuencia de muertes ocurrida dos meses antes en la Cyber Corp. Internacional.

—Espera, debes decirme donde sucederá.

Silencio. Ni siquiera se escuchaba el murmullo del viento.

—En un lugar donde no podrás evitarlo...

Capítulo 4

Capítulo 2: Naufrago por segunda vez

¿Qué jodida mierda hago aquí?

Ese fue el primer pensamiento de Pablo Siglieri, al despertarse en aquella playa, donde no había nadie más que él. El sol resplandecía en el cielo azul, trazas blanquecinas flotaban en el aire y el viento arreciaba tierra adentro. Era un verdadero paraíso tropical, aparentemente aislado del resto de la humanidad.

Lo siguiente que pasó por su mente, fue Sandra Marques.

Kaneda, ¿dónde estás Kaneda?, Pensó Pablo confuso.

Se irguió torpemente y comenzó a dar vueltas buscándola. Llevaba puesta la misma ropa que el día anterior. Y curiosamente su mochila yacía a su lado, parcialmente humedecida por la brisa marina.

— ¡Kaneda! —Exclamó.

Silencio.

El viento y las olas que crispaban, difuminaron su gritó volviéndolo una parte más del paisaje tropical.

— ¡Kaneda! —Repitió.

Nada.

Pablo era nada para la naturaleza. Tal vez considerado un extraño, o intruso que no tardaría en sucumbir. Gruñó furioso y sin considerarlo antes, corrió a la selva a sus espaldas. Con sus manos libraba las ramas que obstruían su camino.

Árboles, eso fue lo único que encontró allí.

Ruido.

A pesar de no haber nadie allí, el ruido de los árboles al desplazarse con el viento y los animales hacían del silencio algo impropio y anormal.

— ¡Kaneda!...

Su expresión alborotada, hizo saltar a una parvada de aves que se refugiaban en un tronco cercano, como si un depredador estuviera al asecho.

Suspiró. Si no se calmaba pronto, algo podría sucederle. Pablo se dio la vuelta y comenzó a caminar por donde él creía que había venido. Escuchaba el sonido del agua, haciéndose más fuerte y supuso que estaba cercas de la playa.

***

Cuatro años antes…

A las afueras de Creta, Elefthería, República del Sílice.

Creta era un pueblo donde vivían cercas de nueve mil personas y gran parte de esa población se dedicaba a los campos, los cuales eran muy productivos, gracias a los ríos que descendían de Nueva Atenas.

Esa brisa olía bien, precisamente al pasto verde de los campos cercanos. El hedor a vida era un alivio para Pablo Siglieri.

Luego de haber estado dos semanas encerrado en su cuarto pirateando cualquier servidor que se le atravesara en el camino, un poco de aire fresco no le caía nada mal.

A las once de la noche, la avenida estaba prácticamente desierta; a excepción del indigente que dormía a la luz de una farola pública. No se vislumbraba ningún auto tampoco, ni edificio alguno. Nada más campo abierto alrededor.

Pablo paso por un lado del hombre harapiento, sin problema alguno; no obstante su imagen miserable se quedó grabado en su mente, ya que probablemente él también terminaría durmiendo en una acera.

"Eres una vergüenza, lárgate de esta casa"

Esas fueron las palabras exactas que uso su padre para echarlo de su casa. Debido a que fue señalado como un cyber criminal en la televisión nacional.

Ahora, el muchacho de 17 años de edad estaba obligado a valerse por sí mismo y él no tenía ni idea de cómo hacerlo. Jamás estuvo solo antes, siempre refugiado en su hogar.

Solamente poseía lo que traía puesto, es decir un pantalón de mezclilla muy viejo y una camiseta negra de manga corta. De sus hombros también colgaba una mochila que contenía únicamente su computadora portátil taiwanesa y que lo acompañaría en sus viajes posteriores.

Suspiró. Lo único que en verdad le pesaba, era haber visto el rostro tan indiferente de su madre, al irse.

De pronto, Pablo escuchó un aullido que identificó como perteneciente al de una patrulla de la policía. Temiendo que fueran por él, se lanzó a unos arbustos al lado de la calle.

Luego, a través de las hojas. Pablo vio pasar a una ambulancia a gran velocidad.

Mierda, Pensó. Pablo se recostó en el fango, con la vista al manto estrellado.

A su alrededor los grillos cantaban y uno que otro saltaba para ir directamente a aterrizar en alguna planta, o encima de él.

Muy cansado y hartó de seguir caminando, se quedó quieto y cerró los ojos, resguardándose en que nada más sería un momento...

***

Un rio...

Eso fue con lo que se encontró Pablo, al seguir el ruido del agua. Llegado ese momento, desconocía que tanto se había internado en la selva.

Suspiro cansado y se sentó encima de un tronco derribado. Más calmado podía comenzar a analizar su situación. Miró el cursó del agua cristalina, de seguirlo, probablemente llegaría a un asentamiento humano, o al

menos regresaría a la playa.

De acuerdo, hay que hacerlo.

Pablo se puso de pie y comenzó a caminar por la orilla del rio, esquivando algunas ramas depositadas allí por la corriente. A su vez pensaba en la razón, o serie de razones que debieron traerlo a este sitio.

¿Nos habremos hundido?, Pensó. No era algo improbable, después de todo lo último que recordaba es que estaba en un velero junto a Kaneda. En ese caso, ¿por qué su ropa estaba completamente seca al igual que su mochila, siendo que debió haber sido arrastrada por la corriente?...

Eso era algo fácil de responder, puesto que estuvo inconsciente por quien sabe que tanto tiempo y el calor volvía vapor al agua; no obstante, ¿por qué no olía a sal marina?...

Sacudió la cabeza, a fin de cuentas no podía tener una respuesta a todo lo que se le ocurriera.

De haberse hundido, ¿Dónde se encontraba Kaneda?

¿Estará muerta?, un escalofrió recorrió la espalda de Pablo, y este volvió a sacudir la cabeza negativamente refutando dicha afirmación.

Lo que menos necesitaba en estos momentos, era preocuparse por ella. Primero debía procurar salir de allí antes de que le cayera la noche, de lo contrario se vería obligado a enfrentarse a los depredadores nocturnos y sin protección alguna, era una presa fácil.

Sin embargo el clima le dificultaba poder escapar.

La humedad hacía insoportable estar allí y el viento no se dejaba sentir, siendo obstruido por la maleza espesa. Pablo sudaba a más no poder, regando valiosas gotas de líquido vital que no podía reemplazar.

Y aun estando al lado de una fuente importante de agua, esta podría estar contaminada y por lo tanto sería imbebible. Su única opción para seguir con vida, era regresar a la civilización y hacerlo ya.

Esto resultaba irónico para Pablo, ya que nunca había necesitado de la ayuda de alguien más. Además se jactaba de ser un rebelde solitario, cuyos logros en la computadora eran inmensos. Y lo que pasaba es que la selva digital, no era para nada igual a la real.

Repentinamente, resbaló con una raíz levantada y cayó pansa arriba. Se dio la vuelta, con la vista al cielo. Poco después la lluvia empezó a caer

encima de él.

Creo que he vuelto a ser un Náufrago, Afirmó para sus adentros, rememorando cierto evento del pasado, que lo ayudo a ver en la oscuridad.

***

La llovizna se dejó venir esa noche de tropiezos y desaires. La avenida lucía interminable, Pablo llevaba media hora caminando y aun no hallaba un lugar donde detenerse.

Gotas de agua se desplazaban por sus mechones de cabello revuelto y caían sobre sus hombros.

Afortunadamente para él, la mochila que cargaba era impermeable y por tanto su equipo estaba bien protegido.

Por lo menos podía contar con eso...

La calle resultó no ser recta y comenzaba a curvearse metros más adelante. Algunas ramas de dos metros de altura, le impedían ver lo que había del otro lado.

Pero al menos nada sería peor a lo que le acababa de suceder. Haya tal vez pudiera encontrar un refugio.

Con cada paso, una estructura iba tomando forma y los ánimos de pablo mejoraban.

Dos postes rectangulares hechos de concreto le daban sustento, otros tres de metal puestos paralelamente brindaban asiento, en la parte superior una lámina de aluminio la hacía de techo y en una esquina, una lamparilla de neón apartaba a las sombras.

—Una banca—susurró Pablo.

Trescientos metros, esa fue la distancia que Pablo recorrió trotando para poder llegar hasta ella.

La superficie del asiento era fría y en parte mojada, sin embargo eso a Pablo no le importó, como tampoco lo hizo la muchacha que estaba

sentada en el extremo contrario de la banca.

18 años y sin novia, esa fue la principal excusa que lo llevo a romper el silencio.

— ¿Qué hace una niña como tu sola a estas horas de la noche? —Inquirió Pablo.

Al contrario de molestarlo y agredirlo verbalmente, la muchacha lo volteo a ver con sequedad. Sus cabellos negros y la inclinación de su cabeza hacia adelante, impedían ver la mitad superior de su cara. En tanto su boca era perfectamente apreciable, sus labios estaban limpios, sin rastros de ningún tinte y permanecían completamente rectos, sin emoción alguna.

—Lo mismo diría yo, ¿Quién eres? —Dijo ella con determinación y fortaleza.

—Yo soy Pablo Siglieri.

—No te pregunte tu nombre, te pregunte quien eres.

Los labios de Pablo temblaron, sin que él pudiera llegar a concretar una palabra.

De pronto alzo la mano para responder algo, pero no lo hizo.

Dirigió su vista hacía otro lado, mientras la joven esperaba una respuesta. En otros tiempos se hubiera levantado e ido, pero es no era una opción hoy.

Quien soy realmente, se preguntó Pablo.

Una emoción, un sentimiento, el hecho de que esa noche se hallará caminando solo y no estuviera en su casa. Nada más había una conclusión para ello.

—Yo soy...un náufrago.

***

He sido un tonto.

Era imposible dejar de ver el objeto oscuro que rodeaba su muñeca izquierda y que parecía un simple reloj de pulsera, pero que en realidad; en sus tiempos fue un grillete electrónico.

Pablo fue hipnotizado por la luz roja que desprendía aquel instrumento de control, era tan asombroso a su manera, y al mismo tiempo aterrador.

El Transpondedor Personal (TPS), realizó su primera aparición en público a finales del año 2029 como una novedad comercial, más tarde el gobierno de la ciudad de Elefthería compró los derechos sobre el dispositivo para usarlo en sus ciudadanos.

El TPS, transmitía la ubicación exacta del usuario a un centro de control, además de su ritmo cardiaco, nivel de estrés, e inclusive era capaz de mandar instrucciones mediante un micrófono de última generación.

El problema es que el TPS ya no era legal.

El experimentó duró con el TPS, en Elefthería duró dos años aproximadamente. Hasta que un día de agosto fue utilizado para causar la Amnesia 2032.

Desde entonces las unidades fueron retiradas y destruidas por el gobierno. Con el fin de evitar futuros problemas y aunque alguien intentará hacerlo operar de nuevo, tendría que tener la infraestructura para hacerlo.

— ¿Hola? —Dijo Pablo al micrófono esperando una respuesta, que pudiera aclararle algo de su situación.

Pero no hubo nada, ni siquiera un simple murmullo.

En la orilla del rio, recostado sobre el fango y con una llovizna ligera cayéndole encima. Pablo se sintió inservible.

Pero ese sentimiento fue remplazado rápidamente por algo nuevo.

—Nos volvemos a ver, Pablo...

Levantó la cabeza, tras escuchar esa voz femenina. Giró la cabeza hacía la selva y avistó su silueta esbelta alejándose.

Pablo fue a su encuentro, nuevamente estaba rodado por arboles altísimos, cuyas cúspides eran desconocidas por las hojas que las cubrían.

— ¡Espera! —Exclamó Pablo. Una risita se colaba a sus oídos, ¿acaso para aquella mujer era un chiste?, ¿o el viento que comenzaba a arreciar, le

estaba jugando una broma pesada?

De un momento a otro aquella extraña desapareció sin dejar rastro. Sumiendo a Pablo en la desesperación. El muchacho tocó sus rodillas para recuperar el aliento, a su alrededor las ramas delgadas de los árboles se sacudían violentamente y la simple llovizna se transformó en un aguacero torrencial.

¿Qué está pasando aquí?, ¿Dónde estás Kaneda?, Cuestionó para sí mismo.

El crujir de una rama seca a sus espaldas y el sonido de un objeto rompiendo el viento lo llevaron a una terrible conclusión...

Estoy jodido...

Al caer, lo hizo de la misma forma que lo haría un saco de harina inanimado. Y antes de perder la conciencia, miró a una figura femenina abstracta posándose a su lado y sonriéndole con malicia.

—Ka...ne...da...

Capítulo 5

Capítulo 3: La razón

8:15AM, Severnaya Luna, República del Sílice a 10 de octubre del 2037.

Karel Tseri rascaba su barbilla con una mano y con la otra sostenía el volante del sedán inmóvil. El vehículo negro estaba estacionado enfrente de la jefatura de policía de la ciudad de Severnaya Luna.

— ¿En qué piensas? —Soltó Akari.

En el asiento contiguo, Akari Dimitrievich Betra escribía un ensayo para la universidad en su computadora personal. La falda café y la chaqueta gris le quedaban bien a una chica que solía ser muy seca para hablar; no obstante el listón verde fosforescente en su cabello, demostraba sus verdaderas emociones y que guardaba para sí misma.

—Me preguntaba donde conseguías esos listones—replicó Karel conteniendo la risa.

Akari se sonrojó por unos segundos, para luego arrugar la frente y golpearlo en el hombro.

— ¡Mis cosas no son asunto tuyo!

Pucheros, simples expresiones de su infancia reprimida.

—Hablando en serio, sigo pensando en lo que mi contacto quiso decir acerca del "juego".

Akari dejó sus manos suspendidas por encima del teclado.

— ¿Crees que alguien vuelva a cerrar un edificio con todos dentro?

Los fotogramas de aquel suceso, hicieron presencia en las mentes de Karel y Akari.

—Teniéndote a ti, no creo que eso ocurra de nuevo—Replicó Karel.

Akari giró el cuello en dirección contraria a Karel, pero en su reflejo

apreciable en el cristal del vehículo se alcanzaba a ver sus mejillas rojas.

Ella era muy buena con la computadora, según por eso Karel la eligió para formar parte de esta investigación, que lo tenía obsesionado.

—Es grato que alguien aprecie mis habilidades.

Sin embargo, en lo más profundo del corazón indeciso de Karel. Se escondía la verdadera razón para tenerla cerca.

— ¿Sabes?, yo...

Un joven oficial tocó el cristal del carro, del lado del conductor. Llamando la atención de Akari y Karel. Era moreno de ojos cafés y cabello oscuro. Tenía un lunar muy resaltado en la mejilla derecha y algunos granos por encima de la frente. Si no fuera por el uniforme azul de la policía y su porte militar al usarlo. Quien lo viera diría que se trataba de un adolescente.

Karel bajó la ventanilla del sedán, oprimiendo un botón junto a la puerta.

— ¿Qué sucede? —preguntó.

Estar estacionado enfrente de una estación de policía por horas, no era ningún crimen; no obstante los antecedentes de Karel, lo dejaban muy expuesto y es que en tan sólo dos meses, ingresó a la base de datos de la policía.

—Ambos deben acompañarme, ahora—Replicó el oficial seriamente.

***

Al separarse sus parpados, Pablo avistó un manto oscuro por encima de él, a centímetros de su cara y que ondeaba con el viento.

¿Una carpa?, Pensó.

Afuera alcanzaba a distinguir la voz de una mujer y un hombre, pero no lo que decían.

Poco a poco, Pablo fue rememorando lo sucedido. Su estancia en una playa solitaria, su trote por la selva, el rio, el golpe que recibió en la

cabeza, el TPS en su muñeca y la desaparición de Kaneda...

Sujetó como pudo la carpa y la alzó junto a una estructura improvisada de maderos que la sostenían. Sorprendiendo a la mujer y al hombre, que anteriormente escuchó hablar.

Él era alto, con rasgos del medio oriente. Los pantalones de carga oscuros y la playera verde oscura, sumado a su mirada implacable, le daban aires de militar. Debía tener aproximadamente 25 años de edad.

En cambio, la mujer de ascendencia sudamericana, posiblemente argentina. Era frágil en todo sentido. Se ocultaba a espaldas del militar, el viento desplazaba sus cabellos castaños ondulados hacía su rostro. Parecía ser una programadora, o algo así debido a sus gafas de aumento. En cuanto a su edad, era apenas un poco menor que Fassir.

—Veo, que ya despertaste, ¿puedes decirme tu nombre?—Dijo ella en voz baja evitando el contacto visual con Pablo. Su acento la delataba.

—Mi nombre es Pablo Siglieri, ¿quién mierdas son ustedes? —Replicó Pablo a la defensiva. Si bien recordaba alguien lo golpeo en la cabeza y podrían haber sido ellos.

-Él es...su nombre es Fassir—el hombre dio un paso al frente y cruzo los brazos—, y yo soy Monserrat Olivetti. Su acento la delataba como argentina.

Los tres se vieron confusos. Y todos ellos tenían una sola cuestión en mente, que no podían resolver.

¿Qué hacemos aquí?...

***

La oficina del jefe de la policía de Severnaya Luna, estaba diseñada para parecer intimidante. Cada cosa dispuesta allí se encontraba en un orden perfecto, lo suficiente para desesperar a alguien.

Escritorio metálico con una linterna, un ventanal con vista al corazón de la ciudad. Estantes repletos de libros sobre leyes, una planta de interior, una pequeña fuente del lado contrario y un piso pulcro. Para Akari y Karel, estar en ese lugar era abrumador.

De pronto una mujer de mediana edad, hizo su aparición desde detrás. Bajo el hombro llevaba una carpeta plástica, mientras que en su mano sostenía un envase de café caliente. Llevaba el cabello atado con una liga morada, una pluma diestramente colocada sobre su oreja. Unos lentes de armazón metálicos, denotando confianza. Sus labios rosas estaban arqueados positivamente.

Confianza, un sentimiento que le daba su autoridad.

Sin embargo lo que llamó la atención de ambos, fue el saco verde oscuro con insignias de la policía secreta. Esa mujer, era mucho peor de lo que ambos pensaron.

Akari bajó la cabeza un poco, ella nada más era una consultora y la presencia de una agente del gobierno la atemorizaba. En especial desde que la condición para ganarse su estadía en la nación fue renunciar a sus actividades poco honorables con la computadora.

—Relájese señorita Betra, no le mandaron llamar por haber roto el acuerdo—Dijo la oficial dando un sorbo al café.

En una placa del lado corazón en el uniforme de la mujer decía:

TENIENTE TSERI.

Akari presintió haber escuchado ese apellido antes.

— ¿Puede explicarme por qué fue requerida nuestra presencia en este sitio? —Pregunto Karel, haciendo valer sus escasos conocimientos de derechos civiles—, después de todo somos nada más un par de estudiantes universitarios.

La teniente Abigail Tseri alzo una ceja, sin dejar de sonreír.

—Con quien crees que hablas Karel—Inquirió Abigail—, se de muy buena fuente que no te has acercado a la universidad en los últimos tres meses.

Estamos jodidos, afirmó Akari para sus adentros.

—Entiendo—Suspiró Karel—, entonces, ¿A qué se debe que me llames, tía?

Rápidamente, Akari se reincorporó dirigiendo una mirada de pocos amigos a Karel.

Esto debe de ser una broma, Pensó.

—Véanlo ustedes mismos.

Abigail, dejó caer el folder en el escritorio. El ruido al estrellarse contra el aluminio del escritorio hizo estremecer a ambos jóvenes.

Karel jaló el folder hacía sí mismo, y lo abrió. En la parte superior central, rezaba con letras mayúsculas y atemorizantes.

GRABACIÓN DE SEGURIDAD DEL ANS.

A Akari se le heló la sangre al leer eso, mientras que Karel pareció tomarlo con calma. Tras la pasta, se hallaban fotografías en blanco y negro, de ellos entrando y saliendo de la oficina privada del ANS.

— ¿Creyeron que no nos daríamos cuenta? —Increpó Abigail.

Akari llevó una mano a su rostro, estaba perdida. Su vida, la universidad, sus amigos. Fotogramas que pasaron delante de sus ojos.

Un estrecho espacio, una pequeña ventana enrejada. Una premonición de su futuro.

—Si hubieras querido arrestarnos, ya lo habrías hecho, entonces, ¿Qué quieres de nosotros?—Cuestionó Karel.

La Teniente Tseri le dio la espalda a Karel y Akari, cruzando sus manos en su espalda. Su postura era firme, al igual que su temperamento.

—La información que buscas está detrás de las fotografías—Karel levanto las imágenes y efectivamente, al final se encontraba un documento con el título: INFORMACIÓN CLASIFICADA DE LA REPÚBLICA DEL SÍLICE—. Si vuelvo a saber que uno de ustedes, anda en donde no debe. Olvidaré que eres mis sobrino y ella tu amiga y los enviaré directamente a las montañas, ¿entienden?

Karel tomó los últimos documentos muy sonriente.

— ¿Ya podemos irnos?, ¿O seguirás con tu discurso?

Arrogante hasta el final, Pensó Abigail con pesar. Ladeo su cuello hacía un lado sin darse la vuelta por completo.

—Lárgate de aquí Karel, pero necesito hablar de algo con Akari.

Luego de escuchar su nombre, el pánico se apoderó de Akari. La joven sintió su corazón retumbar en su pecho.

— ¿Puedo saber de qué quiere hablar conmigo?, suspiró aterrada.

—No es nada grave, se trata de un problema con mi ordenador personal.

El pulso de Akari comenzó a estabilizarse. Abigail había resultado ser muy directa, así que no tendría por qué mentirle ahora.

— ¿Acaso el SIRES no tiene cientos de técnicos trabajando todo el día? —Intervino Karel.

— ¡Te dije que te largaras de aquí!—Increpó Abigail.

El joven se quedó sin palabras, se alzó de la silla llevándose los documentos bajo el hombro. Sintiendo la mirada de Abigail y Akari a sus espaldas.

Lo siento Akari...

***

Al mediodía, después de que Fassir le explicará a Pablo que encontraron sus cosas en la playa el día anterior, el muchacho decidió ir a revisar que nada le faltará.

Su mochila, la que abandonó ayer para internarse tontamente en la selva, estaba bajo la sombra de una palmera.

Pablo suspiró aliviado, al abrirla y encontrarse con su laptop aparentemente en estado funcional, así también la caja con el MPC y para su buena suerte media botella de agua.

Intentó ingerir el líquido lentamente, pero no pudo contenerse a beber el líquido vital que tanto le hacía falta.

— ¿Que hacías antes de llegar aquí? —Escuchó venir a sus espaldas.

Dio un brinco en su lugar y luego miró sobre su hombro a Monserrat y a Olivia parados lado a lado.

— ¿Tu que hacías antes de llegar aquí? —Devolvió Pablo

Fassir lo miró pensativo antes de replicar.

—Mi trabajo era proteger a una mujer, mi último recuerdo es estar en mi auto.

Ya que parecían dispuestos a responder, Pablo se dirigió a Monserrat.

— ¿Que hacías antes de llegar aquí?

Monserrat desvió la mirada con pesar, suspiró resignada y respondió.

—Vivía oculta en el sótano de mis padres operando simuladores de vuelo y de vez en cuando pirateando alguna cuenta bancaria para obtener algo de dinero.

Un guardaespaldas y una hacker, algo no andaba bien. Pablo no comprendía como es que dos personas distintas sin conexión alguna, pudieron llegar al mismo sitio.

—Y tu Pablo, ¿qué hacías antes de llegar aquí?—Cuestiono Fassir arqueando ambas cejas.

Las imágenes de la infiltración a la Atlas I, hicieron eco en la mente de Pablo. Era un criminal después de todo.

—Reparaba computadoras—Replicó.

Nada tenía sentido.

No fue hasta que Fassir examinó la mirada de Pablo que se dio cuenta de la realidad.

Culpa, remordimiento, desolación. El conocía a la perfección esas emociones.

La hacker, el que dice que repara computadoras y él, quien decía proteger a alguien. Sumando esos detalles llegó a una conclusión.

Todos somos culpables de algo...

***

Alrededor de las dos y media de la tarde, Akari Dimitrievich Betra se encerró en el departamento donde vivía sola.

Se recostó contra la puerta y avistó las fotografías acomodadas en la pared, que su hermana postiza, Yassira le ayudo a poner.

—No Akari, a si no van—Dijo Adriana.

—Pero a mí me gustan en ese orden—Replicó Akari.

¿Qué tanto tiempo llevaba fingiendo ser la hermana de Yassira?, ¿Qué tanto tiempo que ignoraba su pasado, a su madre, a su verdadero hogar?, ¿Qué tanto?...

A los catorce años de edad, ella abandonó Tailandia para venir a la República del Sílice esperando tener un mejor futuro. Fiándose de su gran inteligencia; no obstante lo que encontró fue más dolor y traicione, que al final le fueron recompensadas con una verdadera familia.

Y ahora, debía de hacer algo para preservarla.

Envuelta en secretos, mentiras y omisiones. Akari tenía el poder suficiente para desafiar al mundo. Pero no lo haría, ese no era su objetivo, ni le interesaba en lo más mínimo.

Veintiuna personas murieron la última vez, nada comparado con lo que ella ya había visto. Sabía que nada más era el comienzo y que no terminaría allí. “El juego”, una fachada para ocultar algo más grande y oculto tras las cortinas negras de la sociedad.

Para evitarlo era necesario que siguiera adentrándose, recorrer las raíces y destruir la semilla.

Su teléfono sonó en cuatro ocasiones y lo siguió haciendo hasta verlo.

En la pantalla, un número del extranjero.

Obvio sabía quién era y para que la llamaba.

— ¿Sí? —Dijo ella con el aparato en la oreja.

— ¿Cómo va todo? —Se trataba de un hombre a quien conocía muy bien.

—Al parecer va a volver a comenzar.

Silencio.

Pero no un silencio incomodo, sino más bien un momento de reflexión. Que nada más alguien sabía podría entender.

—Sigue, para ver que encuentras.

—Entendido.

Así finalizo la conversación, un minuto y quince segundos después de haber iniciado.

He aquí la razón del ser de Akari, resolver un problema para un viejo amigo...